

— Sí, el espía del mismo demonio, el infame más grande que ha parido madre!

— Hay que denunciarle á la policía.

— Sí, á la policía.

— Y echarle fuera de Roma.

— No, atarle corto.

Fuimos, en efecto, á la policía, pero no había allá quién nos entendiera, ni quién quisiera prestarnos el auxilio que pedíamos: nos vieron como lo que éramos, como un par de locas, la una permanente y la otra accidental.

El día primero de Octubre á las ocho de la mañana, salió sola la Emperatriz y resuelta, según dijo, á agotar en aquella conferencia todo lo tocante á los asuntos eclesiásticos mexicanos. Estaba de muy buen talante y discurría con asombrosa lucidez acerca de cosas que sabíamos acababa de estudiar apenas el día anterior. Yo pasé la mañana en las termas de Caracalla, y á las doce en punto volví á la posada, pues aguardaba la visita de cierto *principone* á quien me había recomendado el caballero Hidalgo: este retoño de los Colonnas, los Sforzas y los Borgias se había comprometido (amistosamente por supuesto) á averiguar el huevo y quién lo puso en lo relativo á la estancia en Roma de Aquiles y su coima. El buen señor no había inquirido nada entre dos platos: que habían llegado, que habían salido, que no se les podía

echar garra y que no se podía saber en dónde estuvieran á aquella hora.

Consternada y pensativa además, me reuní con los compañeros que estaban en alegre charla.

— Esto de la Emperatriz pasó; pasó ya para no volver, decía el del Valle... La pobre Señora ha sufrido tantos ahogos, tantas penas, tantos dolores, que se explica, caramba si se explica, esa situación anormal!

— ¡Pobre Señora! La Virgen de Guadalupe ha de querer que esto no vaya á más, insinuó la Gutiérrez.

— Sí, Nuestra Señora lo ha de querer, declaró lentamente don José María Gutiérrez Estrada; mas ¿quién sabe si sea una prueba del amor de la Virgen Santísima el privar de la razón á nuestra soberana en esta hora tremenda!

— ¡Hombre, hombre!...

— ¡Don Pepe, por Dios!...

— ¡Qué pesimista anda el tiempo! ¿Cómo se entiende? Usted, el optimista á macho y martillo, el que defendió en las peores coyunturas la viabilidad del imperio mexicano, mira ahora cerrado el horizonte y no distingue señales de salvación?

— Sí, amigos míos, contestó el patriarca; hay tiempos de acometer y tiempos de retirar: yo sigo en mis trece; pero ¿por qué no decirlo? hemos equivocado el camino...

Y lo cierto era que si el imperio andaba mal, su inventor y representante no estaba muy católico: la cabeza como de nieve, las mejillas amojamadas, el color del rostro como de cuero de Córdoba, las piernas temblonas y la voz quejumbrosa y dolorida, eran nada en comparación de algo que no se podía decir en qué consistía, pero que de fijo era muy grave é irreparable: el decaimiento, la falta de bríos, la ruina, en una palabra. Poco había de tirar don José, y milagro grande sería que durara más que su creación.

Reflexionaban todos en la frase de Gutiérrez, «hemos equivocado el camino», cuando el de Alcaraz sacó la muestra y dijo alarmado:

— ¡Caramba! Las tres de la tarde y Su Majestad no viene.

— Así habrá sido la conferencia.

— Hoy pensaba concluir.

— Almorzaremos, señores, señores, dijo Velázquez con obsequiosidad.

— La esperaremos un rato más.

— De fijo almorzaría allá.

— Esto me da mala espina, exclamé.

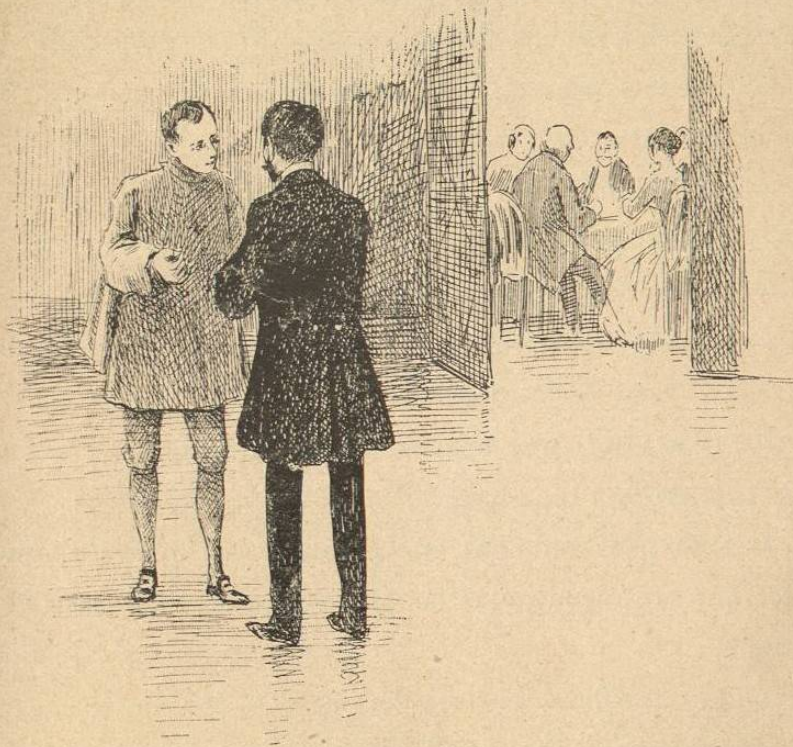
— Y á mí.

— Y á mí.

— Almorcemos, señores, que tiempo habrá de discurrir.

Dios ha de querer que no tengamos nada que lamentar.

Nos sentamos á la mesa, y cuando ya estábamos próximos á concluir, llegó un *abbattino* joven que habló en reserva con Velázquez. Nadie le dió importancia á la cosa, pero á la media hora el pobre ministro volvió tembloroso y lleno de zozobra.



— ¡Señores, exclamó, una gran desgracia, una desgracia inmensa! ¡Su Majestad está loca!

A los que habíamos visto lo anterior no nos pareció cosa de asombro lo que don Joaquín decía; pero pedimos detalles ansiosamente, seguros de que la catástrofe era

mayor de lo que hacían presentir las palabras del viejo ministro.

— Se rehusa á salir del Vaticano, continuó el apesadado magnate, porque dice que la han envenenado...

— Pero ¿quién?

— Me da pena decirlo, pero ya ustedes saben que no hay que ofenderse con las palabras de quien ha perdido el juicio... A tres personas atribuye su envenenamiento: al conde del Valle...

— ¿A mí? preguntó ansiosamente el pobre Narizotas.

— Al doctor...

— Por fortuna no está presente.

— Y á la distinguida señora Gutiérrez Estrada de Barrio.

— ¡Dios mío! ¡qué horror! exclamó Manolita llevándose las manos á la cabeza.

— Y lo peor es, continuó el buen don Joaquín, que exige que se retiren todas las personas que le han causado el daño.

— Hay que darle gusto.

— ¡Pero esto es horrible!

— ¡Es una inmensa desgracia!

— ¡Quién lo hubiera dicho!

— El imperio se hundió, dijo don José María.

— Quiere verles á usted, señora Jecker, y al amigo Castillo, que asegura conocen á los malvados.

— Vamos en seguida.

Al llegar al Vaticano supimos que la Señora estaba comiendo con Su Santidad.

— Es contra la etiqueta, nos explicó un *monsignor*, pero era menester no contrariar á la desgraciada Señora. ¡Pobrecilla, pobrecilla!...

Y en efecto, la Emperatriz comía al lado de Pío IX, según nos refirió Velázquez, y su estado y la agitación que la poseía se le echaban de ver sólo en el recelo con que tomaba viandas y caldos.

Nosotros, Castillo y yo, aguardábamos en la linda biblioteca en que se sirvió el desayuno con que Pío IX obsequió á Maximiliano y Carlota á su salida para México. Consideraba la diferencia que mediaba entre aquellos ensueños y estas realidades, entre la gloria aquella y este desencanto, cuando la Emperatriz llegó acompañada del monseñor que nos condujo á visitar las galerías del Vaticano. La señora nos reconoció en seguida y dijo con una agitación inmensa:

— ¡Hola! aquí están ustedes; mejor; así evitarán que les envenene ese tenebroso conde del Valle, que se ha propuesto acabar con todo mi séquito... A mí me dió un bebedizo; pero neutralicé sus efectos tomando café, mucho café... De aquí no he de salir; que aquí me perjudique el tunante: Su Santidad me protege y con Su Santidad no se atreverá... Señora Jecker, escriba usted hoy mismo dando

cuenta á mi esposo de los atentados contra mi persona...

Velázquez, que la había traído desde la antecámara papal, trató de llevársela asegurándole que había en el hotel comunicaciones de su esposo que era menester conociera.

— Ya lo dije y no vuelvo atrás: si el doctor barbudo y el conde narigón y la dama bonita no se marchan, no volveré á mi alojamiento.

— No sólo se han marchado, Señora, sino que les han mandado poner presos con centinelas de vista y con muchos hierros en los pies y en las manos.

— Bien hecho, bien hecho... Sí, para que no hagan daño.

Se cubrió con la rica mantilla de blondas, ya destrozada en gran parte, se arregló el cabello con la mano, tomó el brazo de Velázquez y salió del palacio con ademán decidido. De un vuelo nos pusimos en la casa; pero al llegar notó la Emperatriz que se habían quitado las llaves de las cerraduras por disposición del doctor.

— ¿Qué significa esto?... Aquí hay una cábala de mis enemigos... Así pueden entrar cuando lo deseen, y echar en mi comida cuantas drogas quieran... Estoy envenenada... ¡Ah, sí siento que me han envenenado! El tósigo me lo dieron en Cuernavaca: fué el toloache que enerva, que enloquece, que vuelve imbécil... Yo no me quedo aquí un instante más: vuelvo al Vaticano.

Todos llorábamos; mas la Emperatriz, imponente como una creación de la tragedia griega, parecía que estaba en lo cierto y que no había de transigir nunca.

— ¡Dios mío! exclamó, ¡qué tristeza sentirse rodeado de espías, de enemigos, de traidores, cuando se creía contar con amigos!... Que no desenganchen; vuelvo en seguida.

A grandes pasos y mirando para todas partes, salió del cuarto, seguida sólo por Castillo y por mí, que nos resolvimos á afrontar sus sospechas. En el carruaje se mostró más razonable, si razón puede caber en los desvaríos de un loco.

— Sí, es claro, envenenada estoy; pero ¿quién me dió el veneno? En México no fué, porque lo habría sentido: el veneno me lo dieron aquí, digo, en Francia, en aquel vaso de agua que con tanta obsequiosidad me llevaron al cuarto de Napoleón... Y la buena de Manolita que no echó de ver que los polvos esos podían ser de algo que no fuera crémor... Eso pasa de raya y se llama connivencia... ¡Ah, señora Ubiarco! Yo creo que usted también debe consultar á un médico; está mala, mala, muy mala... ¡Pobrecilla! ese ladrón desuellacaras de Lapierre le ha de haber dado algún bebedizo... Cúrese y verá cómo abandona esas ideas de venganza y ese afán que la domina de acabar con los malos... ¡Quién sabe si entre los compañeros esté quien le da diariamente su ración de tósigo!...

Cúidese... Yo me aplicaré un contraveneno, despediré á todo mi séquito dejando sólo á ustedes dos, y sin que lo sepa el malvado Napoleón, me volveré á México.

Imposible describir la alarma que causó en el Vaticano la presencia de la Emperatriz, y más imposible todavía decir cómo fué acogida la pretensión de la pobre princesa: dormir en el aposento del Santo Padre. No sé qué arreglos intentaría el buen Castillo; lo cierto es que, ya bien avanzada la noche, volvimos á nuestra posada desolados y sin esperanza, y más desolados y más faltos de esperanza encontramos á nuestros compañeros.

La Emperatriz pasó la noche, según dijeron los camareros, sentada y sin desnudarse, vigilando las puertas y las ventanas, atenta al menor ruido, hablando á veces, pero casi constantemente taciturna y sin movimiento. El buen Pío IX descabezó un sueñecito en un sillón que se encontraba en el cuarto cercano.

Al día siguiente fué Castillo al Vaticano y pudo darnos noticias frescas.

— Señores, exclamó llorando el barbudo y leal ministro; no hay esperanza; todo está perdido! Su Majestad está atacada del horrible delirio de persecución y no es fácil recobre la salud en mucho tiempo. ¡Dios salve á la Emperatriz!

Hombres y mujeres nos echamos á llorar conociendo la trascendencia del infortunio de nuestra pobre ama.



Imposible describir la alarma que causó en el Vaticano la presencia de la Emperatriz..